

MUJER y TIEMPO

C R O N I C A S

Aura López



Primera edición
5.000 ejemplares
Medellín, marzo de 2009

Edita:
FUNDACIÓN CONFIAR
Calle 52 N° 49-40 Piso 3
Tel: 571 84 84 Ext. 145 Medellín
cfundacion@confiar.com.co
www.confiar.coop

ISBN: 978-958-44-4859-0

Carátula:
Memoria de agua (detalle)
Evelín Velásquez G.

Diseño e impresión:
Pregón Ltda. Medellín

Este libro no tiene valor comercial
y es de distribución gratuita

Índice

Presentación	5
La ex-esposa.....	7
El derecho a la vida	11
Primero el cuerpo	15
La norma de la familia.....	19
Historias de mujeres	23
Feminismo y política	27
Recordando a mamá.....	31
Machismo y religión.....	35
El juicio y el prejuicio	39
Al pie del fogón	43
Querida Hipatia	49
Hombres miedo y mujeres	53
Mujeres y escritura	57

¿Quién habla en nombre de Gabriela?	61
Los arquetipos de la publicidad.....	65
Camille Claudel, la enterrada viva.....	69
De mujeres y de leyes	73
El marketing del cuerpo.....	77
El cuerpo hechizo.....	81
La inocencia de Alba Lucía	85
Los sueños de Emilce	89
Feminismo y razón	93
Lo doméstico femenino.....	99

Presentación

Los textos que componen este libro, conforman una selección hecha entre numerosos artículos que sobre el tema del feminismo y del papel de la mujer en la sociedad, escribí como parte de mi tarea de columnista en los periódicos El Mundo y El Colombiano de Medellín, durante los años de 1979 a 1987 y de 1991 a 2004 respectivamente.

Al confrontar estos testimonios con algunos aspectos de la situación actual de la mujer, se hacen evidentes ciertas conquistas que provienen de una toma de conciencia, de una apropiación de sí misma asumida en gran medida y que desafía la noción patriarcal de un orden social que la ha mantenido, y la mantiene todavía en muchos aspectos, al margen de la historia. Pero esa toma de conciencia ha sido posible gracias a las luchas del feminismo y a su empeño colectivo en denunciar marginamientos y discriminaciones y en señalar, al mismo tiempo, caminos de claridad

y de análisis. Todo ha sido cuestionando por el feminismo: lo familiar, lo doméstico, lo cultural, lo laboral, lo religioso, lo sexual, lo histórico, y es casualmente a esa tarea de lucidez y de lucha, a la que se le deben los espacios que hemos venido conquistando a través de la historia.

Una mínima parte de esa historia está contenida en estos escritos.

Aura López

La ex-esposa

Esta mujer anda en manos de jueces y abogados porque un acto de su intimidad, una decisión personal que solo debería ser resuelta precisamente, como tal, se convierte en caso para tribunales, en material de expediente, en historia con folios, sellos, timbres y firmas, sobre los cuales, implacables censores detienen sus lentes de aumento y escarban y fisgonean y decretan culpas y penas. Separada de su marido por la sencilla razón de que ya no tiene interés en convivir con él, y unida a otro hombre con quien espera compartir sentimientos que una relación convencional había arrasado de su vida, ella enfrenta sin embargo, la posibilidad de que los jueces le nieguen el derecho a la guarda de sus hijos, porque su relación con un hombre por fuera de las normas establecidas la hace sospechosa e indigna, y una Ley implacable le decreta, en consecuencia, incapacidad moral para velar

por la existencia de esos hijos y para vivir en su compañía. Todo el engranaje de la legislación familiar, que inclina su peso contra la mujer, encuentra en el caso de la afirmación de ella frente a su situación conyugal, la razón más poderosa de su intolerancia, la esencia de su moralismo, la justificación de su castigo. Asimilada a la condición de crimen, su conducta recibe castigo ejemplar y no les tiembla la mano a los jueces para negarle a esa mujer, en nombre de la Ley, un derecho natural que no debería estar escrito en ninguna parte, ni ser materia de incisos ni de artículos, ni de fallos de tribunal: el derecho a convivir con sus propios hijos aunque haya decidido vivir con otro hombre que no es su marido.

Pero parece como si la Ley quisiera cobrarle a esta mujer su acto de rebeldía, la afirmación de su independencia, el coraje que significa romper ataduras de las cuales se le había dicho que eran eternas e inmodificables, dañar en ella la felicidad recién conquistada, empañar la alegría que se le negaba en nombre del deber y de la sumisión, y que ella ha rescatado valerosamente desafiando prejuicios asfixiantes bajo cuya carga abrumadora sobreviven aún tantas mujeres. Sin embargo en la vida de esta mujer ha sucedido algo trascendental que modifica sustancialmente las nociones que ella tenía del mundo, nociones

derivadas de una educación que osciló siempre entre las pequeñas complacencias de niña mimada y la obligación de ceñirse a moldes derivados precisamente de ese aparente privilegio, y que más tarde el matrimonio no hizo sino afianzar y prolongar, arrastrando consigo todas las formas de inseguridad que inconscientemente falsean y socavan la vida de la mujer, convirtiéndola en sombra, negándole a cada paso inseguro su posibilidad como persona. Ahora, afirmada en sí misma por la experiencia vivida, afrontando por primera vez una situación grave que solo ella puede superar y resolver, se siente exigida en asuntos acerca de los cuales nunca pensó que podría tomar decisiones autónomas. Su vida ha cambiado, y de una u otra manera sabe que nunca volverá a ser la niña mimada a quien los demás le indicaban lo que debía hacer y cómo debía hacerlo. Su decisión la ha transformado y siente que empieza a caminar por la vida con la alegría de quien ha tirado a un lado sus muletas y ensaya, gozoso, sus nuevos pasos.

También su papel de madre se ha modificado. Las relaciones con sus hijos, viciadas hasta ahora de toda la carga que implica una relación de poder saturada de miedo y de incomunicación, es ahora una relación pura, de encuentros gratificantes, que ha alcanzado el plano de la estimación personal y del respeto

mutuo. En ese terreno ella ha logrado liberarse de lazos que en nombre de un amor que se da por sentado, se convierten en soga que aprieta y ahorca. La autonomía que ha recuperado para si misma, cubre también a sus hijos, y el encuentro se da a un nivel donde el cariño ha dejado de ser obligación. Mientras acuciosos gendarmes acumulan datos y ordenan pesquisas para demostrar que una mujer ha tenido la desvergüenza de estar con un hombre distinto a su marido, y el expediente engorda con las pruebas del crimen —una foto, una carta, un pequeño regalo, una conversación telefónica— la Ley espera el momento para ejercer aquello que más que castigo, parece ser una venganza. Porque en el fondo, lo que no pueden perdonarle a esa mujer es que haya elegido, por su cuenta y riesgo, la felicidad. Tanta osadía hace necesario el escarmiento.

Pero ocurre que cada día aumenta el número de mujeres que no escarmientan.

El derecho a la vida

María Elena murió hace ocho días. Tenía 30 años, dos hijos y un marido, y el estupor de su muerte parece asentarse y quedarse, y permanecer entre quienes la conocieron y entre quienes viviendo a su lado, no llegaron a entrever el fondo de su alma triste.

Marta, su hermana, la vio tres días antes de su muerte y se estremeció al descubrir el tono amarillento de su cara, la piel casi pegada a los huesos, y un tono vidrioso, quebrado, en la luz opaca de su mirada. Inquieta, le preguntó qué pasaba, y María Elena, con el gesto y la sonrisa con los cuales despistó toda su vida a los más próximos, le contestó que había tenido algo de vómito, alguna gripa pasajera, nada de cuidado. Sólo ahora recuerdan que en esa misma semana le había dicho a su mamá que sería bueno morirse, que ya nada tenía que esperar de la vida. Y recuerdan además, que su mamá, escandalizada, le habló de

su juventud, de los niños, y hasta le hizo un pequeño discurso acerca del amor conyugal. María Elena la miró con tristeza pero se las arregló para reír, para hacer algún chiste que sacara la conversación del tono lúgubre al que ella misma la había conducido.

La noche en que la llevaron a la clínica ya no podía sostenerse. Con una voz apagada, de moribunda, dijo que pensaba que se iba a morir, y cuando su mamá trató de ayudarle a incorporarse, no tuvo fuerzas y ya no pudo echar mano de su sonrisa despistadora. Su marido la miró aterrado, y descubrió, ya tan tarde, que ese cuerpo parecía un cadáver. En la clínica el médico se quedó a solas con ella, y cuando salió, preguntó cómo era posible que nadie hubiese sabido de la hemorragia. Explicó que María Elena acababa de morir, que ocho días antes se había provocado un aborto, y que desde entonces la sangre, minuciosa, había manado de su cuerpo hasta dejarla sin vida. No había dicho nada a nadie y prefirió abandonarse a esa dolorosa corriente que la empujaba hacia la muerte.

Digamos que María Elena necesitaba de una ley que legalizara el acto al cual se sometió clandestinamente y que le produjo la muerte. Pero esa ley no le garantizaría a ella, ni a ninguna mujer, liberarla del miedo, del remordimiento, de los temores frente a la fami-

lia y frente a la sociedad, del desamor y de la soledad. De poco le habría servido el hecho de que ese mismo día alguien hubiese aparecido ante ella con un papel en la mano, asegurándole que su acto no era ya ilegal. Posiblemente la triste sonrisa de María Elena, que ella sabía manejar para poder sobrevivir, no se hubiese alterado en lo más mínimo, y la noticia no hubiese podido sustraerla del final que, al fin y al cabo, ella parece haber asumido como una forma de suicidio. Porque mucho antes que el problema de la ilegalidad, María Elena padeció el drama infinito y complejo de su falta de identidad. Habría sido necesario que un buen día, plantada frente al mundo, valerosa ante quienes la rodeaban sin conocerla y sin amarla, ella hubiera gritado su decisión de vivir, hubiera sido capaz de decidir aun contra ellos, de correr el riesgo de su propia dicha, el riesgo de su placer auténtico, y afirmarse en la libertad de sus pensamientos y de sus actos, en la seguridad de su propio cuerpo rescatado para la vida. Pero María Elena no tuvo ese coraje, le faltaron instrumentos para afirmarse; aceptó, por falta de una clara conciencia acerca de sí misma, lo que se le imponía desde fuera, y ensayó el silencio y la muerte como únicas formas de rechazo.

Que el aborto no sea crimen ni estigma. Pero parejamente con esa conquista, necesi-

tamos entender que asumir el cuerpo, y las íntimas decisiones que de él surgen, es el comienzo indispensable para asumir el mundo, y constituye la forma más definida del derecho a la vida. Porque no podemos contentarnos con vida a secas. Es necesario preguntarnos qué clase de vida y para qué. Aclarado este punto, con todas sus implicaciones personales, desangrarse en la clandestinidad y en el temor dejará de ser un destino fatal. En la medida en que tomemos conciencia de nuestra propia libertad para decidir, las mujeres estaremos cambiando el mundo. Y cuando el mundo cambia, las leyes, naturalmente, cambian también. No sabemos si María Elena pensó alguna vez en estas cosas. Lo cierto es que debíamos haber estado a su lado, luchando juntas por la claridad. Su muerte no hace más que recordarnos la necesidad y la urgencia de esa lucha.

Primero el cuerpo

El feminismo, como cuestionamiento y crítica de lo femenino, en tanto lo femenino es aquella noción absorbida y utilizada por los mecanismos culturales, políticos y religiosos de la sociedad para mantener sometida a la mujer, parte de un enunciado que, más que eso, es el enfrentamiento primero y decisivo en la vida de toda mujer cuando se pregunta por sí misma, cuando se palpa, y palpa el mundo que la rodea, buscando a tientas, intuyendo a veces torpemente, como el ciego que siente en la yema de los dedos las aristas de su recién descubierto alfabeto, la presencia de su propio cuerpo, la evidencia de que de algún modo ese cuerpo le pertenece, la verdad tanto tiempo ignorada y sin embargo tanto tiempo sospechada de que ella es dueña de su cuerpo.

Ahí comienza la conciencia feminista. Antes de esa afirmación la mujer no existe, es una sombra desvanecida y borrosa, imprecisa

y opaca. Como uno de estos azarosos continentes del tercer mundo, sumidos durante siglos en el letargo de su propia ignorancia, en el desconocimiento de su propio destino y de su propia identidad, cuyos pueblos, de repente, toman conciencia de que son dueños de ese destino, y que sólo a través del camino de su propia liberación alcanzarán la claridad, así la mujer, continente ignorado y escamoteado, se dice a sí misma un día, que su cuerpo le pertenece. Parece una simple frase y debería ser una verdad tan obvia, que para sustentarla no habría de ser necesario ningún argumento, ninguna forma de lucha. Es, sin embargo, el punto de partida de todo cuestionamiento, el primer paso de una conciencia feminista. Es el día de la luz, y todo lo que venga después habrá de ser producto de esa luz, porque no es posible ser alguien si antes no se tiene conciencia del propio cuerpo. Decirse a sí misma que ese cuerpo, acerca del cual todos de una o de otra manera, en nombre del cielo o en nombre del infierno, han tomado decisiones, es de ella, y que nadie más que ella habrá de decidir, por lo tanto, acerca de su vida y de su destino, implica para la mujer una trascendental toma de conciencia, una situación comprometida con el mundo.

Porque no basta descubrir que se es dueña del cuerpo y no basta afirmarse de una manera

teórica e intelectual sobre el enunciado de esa verdad. La lucha, casi siempre dura y desgarradora, comienza con esa afirmación, ella le sirve de sustento y de acicate, y la una no puede darse sin la otra. Al fin y al cabo el cuerpo no es sólo un territorio físico, un nudo de venas y músculos, y piel estremecida y carne gozosa o adolorida. Asumir el cuerpo implica asumir conductas, decisiones, modos y actitudes que desafían el pasado, que enfrentan el presente, que le quitan al futuro su máscara de miedo y de impotencia. Una mujer que padece su cuerpo como propio, como suyo, rescatado de tantas y tan antiguas cenizas, ya no tiene miedo, ya no tiene derecho a tener miedo. Empezará a amarse y su condición de persona se irá haciendo más nítida en la medida en que va tomando conciencia de su cuerpo, lo cual equivale a conciencia de ella misma.

Esta posesión del cuerpo no es, ni mucho menos, una simple actitud intimista, reducida al ámbito individual, al pequeño territorio que marcan los límites de la piel y de la sangre. Trasciende esos límites porque al asumir su cuerpo, la mujer está cambiando el mundo. Y cambiar el mundo es un acto político.

La norma de la familia

El retrato está ahí, con sus bordes amarillentos, un velo tenue e indescifrable parece envolverlo, amenaza borrarlo. El padre ha levantado un poco la cabeza y hay en su rostro un cierto aire de complacencia, algo también de artificio en la manera de esbozar la sonrisa. La madre está a su lado y mira fijamente, como inmovilizada, la mano sobre el hombro de la hija mayor, una muchacha desgarbada, de bucles peinados con un lazo en forma de moño, una sonrisa dulce y temerosa. Recostada en su hombro una niña de ojos asombrados, labios gruesos, entreabiertos, da la impresión de que pregunta cosas que todavía no tienen respuesta ni forma ni nombre. Detenidos en el retrato los rostros de la familia, ¿qué sombras la amenazan, qué oscuros mecanismos generan en ese grupo destrucción y violencia? El apacible velo de la nostalgia disimula, a duras penas, los interrogantes, y pretende interponer una frágil muralla que no logra acallarlos.

En el libro *Cordura, locura y familia*, escrito hace años por los ingleses Ronald D. Laing y A. Esterson como resultado de una investigación efectuada entre miembros de familias de mujeres esquizofrénicas, se sustenta con ejemplos concretos, la tesis de que la esquizofrenia no es una enfermedad, ni que deba ser tratada clínicamente, ni que obedezca a factores genéticos, o biológicos, sino que sus manifestaciones, aun aquellas de tipo patológico, están determinadas por circunstancias sociales que asumen su forma más definida en el grupo familiar. Es decir, que es la familia, con sus mecanismos represivos, la que genera en el individuo conductas y actitudes que al apartarlo de una realidad decretada como norma, lo revisten de su condición de “enfermo” y lo enfrentan al mundo de los cuerdos, de los que velan por la norma y tienen por lo tanto derecho y autoridad para sacarlo, con el pretexto de la locura, de la molesta condición de adversario, de cuestionador incómodo de un orden desajustado. Ese individuo, a su vez, se refugia en lo que previamente le han dicho que es su locura, como una manera de sobrevivir, de encontrar, paradójicamente, un significado incomprensible para los otros, al conflicto que se desata entre sus actitudes y las de los demás. A partir de ese momento la sociedad, encarnada en el estamento familiar,

se erige en gendarme y califica como locura la disidencia de uno de sus miembros, para poderla enfrentar y neutralizar en nombre del orden, de la unidad familiar, del propio bien, del amor, y de todas esas nociones que fueron perdiendo su sentido en la medida en que empezaron a ser utilizadas como trampa. En el momento en que alguien empieza a actuar de forma extraña, entendida por “extraña” una conducta diferente a la de quienes lo rodean, se dice que ese alguien está enfermo y que debe entonces, ser tratado como tal. No es un hecho casual el que las personas entrevistadas por los autores del libro sean mujeres. Dependientes en alto grado de la madre y del orden familiar en general, son sometidas mucho más rigurosamente que los varones, en la mayoría de los casos, a normas cotidianas dictadas desde arriba, y la presión que se ejerce sobre ellas es mucho más estricta y minuciosa, llegando a los límites de la asfixia. En los testimonios que desfilan por las páginas de este libro, muchos de ellos expresados después de años de silencio en el hogar o en el hospital, uno adivina, palpa casi, el extremo inicial de ese ovillo oscuro de sus vidas, oscuro en tanto los demás consideran como síntomas de enfermedad, aquello que en realidad no es otra cosa que el afán de ellas por afirmar su propio yo, un yo que no satisface a los gendarmes

y que parece deshacerse en la dolorosa impotencia de una lucha que los otros califican como locura. A partir de ahí, cada palabra es para ellos un síntoma, cada gesto confirma su diagnóstico, cada silencio les concede la razón a los carceleros. Frascos de tranquilizantes y choques eléctricos desatan el mecanismo que ha de poner en movimiento esa alucinante rueda sin fin de la locura, bajo cuyo peso ha de sucumbir, inerme, la víctima. Maya, de 28 años, de los cuales ha pasado 10 en el hospital, afirma: “Mi padre me molesta siempre, siempre me ataca. Siempre trata de enseñarme cómo aplicar mi criterio. No se le puede decir a una persona que aplique su criterio contra su voluntad. Siempre ha sido así con mi madre. Yo me siento ofendida”. Y anotan los autores: “Así, buscaba un refugio transitorio en su propio mundo, en su mundo privado, su coraza. Hacer esto, sin, embargo, era ser ‘negativa’ en la jerga de sus padres: ‘introvertida’ en el lenguaje psiquiátrico”.

La semilla de la violencia germina detrás de los rostros, y el retrato de familia rueda por el suelo, vuelto añicos.

Historias de mujeres

Elena lleva 25 años de casada y apenas ahora comienza a concretar en palabras todo este peso congelado de su frustración, a deshacer, en verbo, este lastre agobiante de tantos días y tantas noches, y tantos momentos, y tantas lágrimas tragadas por ahí, tratando de que nadie notara, de que nadie se enterara, de que nadie descubriera el secreto de su infelicidad. Se sentía en la obligación de aparentar felicidad, o por lo menos, de hacer creer lo que casi todos esperan de una mujer casada: que está instalada en la sumisión y en la aceptación y que se mueve en esas aguas más bien como orgullosa de esa corona de espinas que la enaltece ante los demás, que la señala como digna cumplidora del papel de mártir tan caro a la noción misma de feminidad.

Pero ocurre que Elena ha decidido quitarse su corona de espinas corriendo el riesgo de la incomprensión entre el círculo de sus amis-

tades, entre la estrecha y vigilante sociedad dentro de la cual se mueve, entre sus hijos, temerosos de algún modo de aquello que muchos se han adelantado a calificar como escándalo, esa palabra que en la vida de las mujeres dignas actúa a manera de mordaza, de candado de doble llave accionado por una clave secreta y oscura que no deja resquicio, ni hendidija por donde uno de pronto pudiera escaparse y volar.

Desde hace un tiempo, a medida que empezó a hablar de sí misma y a reflexionar críticamente acerca de su vida pasada, el muro de incomprensión y de silencio que la separa de su marido se fue convirtiendo en un hecho concreto, real, que ella, gracias a las palabras recién incorporadas, podía ir armando como una especie de rompecabezas cuyo mecanismo, en el fondo, intuía, pero para cuya elaboración no parecía haber tenido hasta ahora, los suficientes instrumentos. Primero fue el recuerdo de sus 17 años, la niña bonita y mimada, de vestidos vaporosos y sonrisa inmaculada, deslumbrada por las palabras de ese hombre atractivo cuya figura parecía quedarle grande no solo a ella sino a todo el pueblo y cuyo gesto era ya de por sí un anticipo de la felicidad. Casarse significaba abarcar de repente toda la dicha de estar con él en una pequeña casa con cortinas y flores y escuchar aquel

murmullo mezcla de envidia y admiración que surgía, mal disimulado detrás de puertas y celosías, al paso de la recién casada.

Casi inmediatamente vienen los recuerdos de cuando comenzó la sensación de asfixia, de cuando la casa se convirtió en cárcel y el marido en carcelero, cuando las pocas palabras del amor se fueron olvidando, gastadas, envejecidas a pesar de tan poco uso, cuando el abismo del silencio y la incomprensión se instaló de tal modo entre ambos que ya no permitía ni aún la más mínima identificación. Sabe, dolorosamente, al hacer el balance de su vida íntima, que ignora el placer, que la dicha fue apenas ese relámpago fugaz de los primeros días, vividos más como esperanza que como certeza, y que luego, como una obligación, ella asumió el silencio sin pensar siquiera, ni remotamente, en la posibilidad de rebelarse. Bien pronto supo que aquellos que los demás, empezando por su marido, esperaban de ella, era su reclusión pasiva, su dedicación resignada a la rutinaria monotonía de una casa impecable, a la crianza de unos hijos que aparecían de pronto, sembrados en lo más hondo de su sangre sin que se hubiera producido en ella un solo desgarramiento amoroso, un solo hundimiento, la más mínima sensación de abandono placentero. Las palabras del marido eran apenas órdenes secas, los deseos imposicio-

nes, las miradas otra forma del menosprecio. Ella no sentía su cuerpo, y el cuerpo del otro era tan solo el de un alguien distante a quien no amaba pero hacia quien estaba obligada por mandatos que no debían ser discutidos.

Ahora dona Elena rescata su derecho a vivir. Hay ya en su rostro la alegría de una mujer que ha decidido ser ella misma, y no piensa, como algunos le insinúan, que quizás sea un poco tarde. Está convencida de que nunca es tarde para la claridad. Y hay como un halo de juventud en su sonrisa.

Feminismo y política

Es frecuente ver cómo personas que incluso asumen actitudes políticas de avanzada, acostumbran mirar el hecho político como algo independiente de otros hechos y de otras conductas, hasta el punto de que se plantean el interrogante de si un problema determinado tiene o no tiene que ver con la política, para proceder entonces a asumirlo o a descartarlo.

El acto mismo de preguntarse si algo que atañe a la conducta del ser humano tiene o no tiene que ver con la política, es un error, una falta de perspectiva vital. Porque lo cierto es que no hay conductas ni problemas humanos que no deriven en mayor o en menor grado de una circunstancia política. Toda conducta humana es una conducta política y uno se retrata políticamente aun en formas sutiles de expresión, de opiniones, de gustos personales, de opciones, de determinados alineamientos no solo frente a hechos protuberantes, sino

también frente a aquellos que pudieran catalogarse como triviales en apariencia. Nada es gratuito en nuestra conducta personal y ella dice si existe en nosotros una conciencia política o si por el contrario estamos del lado del conformismo. Y aún más: cuando alguien manifiesta que no quiere mezclarle política al asunto de su vida o de las vidas de los demás, está asumiendo, por la negación, una actitud política; esa aparente neutralidad lo convierte, inevitablemente, en conformista.

El feminismo surge y se prolonga en el mundo como una necesidad histórica, como un medio de revisar y cuestionar aquello que constituye una conducta femenina determinada por unos patrones culturales, económicos y políticos, que mantienen neutralizada a la mitad de la población bajo la falacia de la inferioridad sexual. La lucha feminista es, por lo tanto, además de una lucha de orden cultural, una lucha política. Negar esto es negarle a la mujer la posibilidad de incorporarse plenamente al proceso de las transformaciones sociales. Podría esgrimirse el argumento de que en la medida en que el feminismo se apoya en nociones de orden subjetivo como aquellas relacionadas con la identidad del cuerpo, el rescate de un lenguaje propio, la reivindicación del placer y el enjuiciamiento de un orden cotidiano que la ha mantenido paralizada en

sus expresiones plenas, su lucha se convierte en una lucha intimista, divorciada de una toma de conciencia política. No es cierto. No se concibe una claridad política en quien previamente no ha hecho, por ejemplo, claridad acerca de su propio cuerpo, liberándolo de todo aquel peso turbio y culpable que una sociedad injusta le ha endilgado. Y no es posible para la mujer la auténtica claridad política, si sigue atada y mantiene sin cuestionar el sutil mecanismo de la cotidianidad, ese engranaje minucioso destinado a relegarla, a sustraerla de la corriente de la vida y del pensamiento, a convertirla en objeto de manipulaciones que también resultan manipulaciones de orden político.

Al desconocer el valor político que encierra el cuestionamiento personal, surge esa especie de dicotomía, como si lo cotidiano se opusiese a lo político, o por lo menos, marchara independientemente de lo político. Una mujer que cuestiona su situación personal dentro de la familia y de la sociedad, que rescata, a través de una actitud feminista, derechos que le son negados por su condición de mujer, y denuncia esas negaciones, está, de hecho, pisando el terreno de la política. No es posible divorciar esos dos fenómenos, como si la política fuese apenas un conjunto de enunciados teóricos sin asidero en problemas específicos de una colectividad.

No quiere decir esto que el feminismo sea solo una lucha política. Poderosos ingredientes de orden cultural, le confieren al problema de la mujer características especiales, que la sola política no puede modificar. Pero es de la mano de la política como ha de ser dilucidada esa contradicción. Y si bien es cierto que no siempre la actitud feminista conduce a una claridad política, sí resulta evidente que ésta parece imposible sin aquella.

Recordando a mamá

Delia ha tomado la palabra incitada por el calor de la conversación. Las otras mujeres escuchan mientras ella vuelca sus frases coherentes, dolorosas, y evoca una infancia que bien pudiera ser la de cualquiera de ellas, o que, por lo menos, les duela a ellas de algún modo secreto, una forma de asumir el pasado de Delia que, a fin de cuentas es también el pasado de las demás. La imagen de la madre surge nítida y entera, refrescada para la memoria por la vehemencia de la conversación, por ese clima fascinante que pueden alcanzar las palabras pronunciadas entre un grupo de personas que han descubierto puntos claves de identificación y que se plantean el mundo como la necesidad apremiante de desmenuzarlo para poderlo modificar.

Delia habla de la casa grande, y la mesa tendida con un mantel a cuadros, y se ve a sí misma sentada a la derecha de su madre,

los hermanos completando el grupo familiar, la sopa humeante en el centro de la mesa, el cucharón loceado y los platos vacíos, todos esperando la señal de mamá para comenzar a servir. La niña mira horrorizada la sopa de arroz y sabe que otra vez la dejará allí, en su plato, y que otra vez echará mano de cualquier disculpa para no tomarla. De pronto, el rostro de la madre se altera, su voz cobra tonos paralizantes, el cucharón tiembla en su mano y el plato de Delia se llena hasta los bordes. “No quiero”, alcanza a murmurar la niña, en un inútil esfuerzo. La madre suelta el cucharón, agarra a Delia por la nuca y le hunde la cara entre la sopa que se pega a sus ojos, a su pelo, que se mete por boca y nariz y se le acomoda en el alma, y la hace sentir humillada, aniquilada, con un sentimiento de desdicha que al levantar la cabeza, hace imposible identificar lágrimas y sopa, una pegajosa mezcla denigrante, dolorosa, mientras la madre fuera de sí, repite a gritos que como no le gusta la comida, habrá de saber, por lo menos, que tiene una madre capaz de restregársela en la cara.

Las mujeres escuchan en silencio como si cada una, de algún modo, hubiese tenido por unos instantes la cabeza entre el plato. Nelly, arrastrada por las palabras de Delia, parece sacar su recuerdo de un sitio muy se-

creto de su alma, y cuenta lo de la olla de agua caliente que su madre le lanzó a la cara una tarde cuando al entrar, no quiso dar ninguna explicación acerca de su tardanza. Y Sofía, la más joven, evoca el día en que llegó del colegio cantando. Estaba enamorada y el mundo cabía todo en su cuarto, en la pequeña cómoda de madera, en la cama tendida, en el diario amoroso que llevaba minuciosamente, guardado bajo llave. Su madre estaba de pie, en la alcoba, y agitaba, amenazante, las hojas del libro. Lo había leído, había forzado la pequeña chapa, había violado aquel bello secreto, y lo manchaba con palabras ultrajantes que atravesaban las entrañas de Sofía, impotente, anegada en llanto, abrumada por el peso de una autoridad arbitraria que su madre esgrimía como algo justo y natural.

Cada una empieza a recordar, y en todas aparece una sombra que pareciera que hubiese permanecido oculta, disimulando dolores infantiles, negando rencores y sufrimientos sepultados en el fondo de la sangre, empañando el intento de la claridad. Al escuchar los testimonios de estas mujeres, uno piensa en la necesidad de cuestionar la infancia, desmontando rigurosamente los mecanismos que la hacen aparecer como una instancia feliz y que la han mitificado de tal modo que uno acaba instalado sobre esa falsa noción de felicidad,

cuando lo cierto es que a poco que la persona empieza a rasguñar en el barniz con el cual ha sido recubierta, encontrará la clave de sus fantasmas, la raíz de gran parte de sus confusiones y de sus temores. Y como consecuencia de la desmitificación de la infancia, ha de llegar también la de la relación madre-hija, ese tejido sutil de nociones aparentemente incuestionables, pero que por las condiciones específicas de la mujer en el medio familiar y social, pesa sobre ella como un lastre que de no ser desatado mediante un análisis lúcido, puede convertirse en cadena perpetua que le impide abrirse hacia su propia identidad. No es este planteamiento una negación del amor. Todo lo contrario. Apunta a una necesidad fundamental de despojarlo, como en el caso del amor maternal, de su condición de producto de la naturaleza, condición con la cual lo hemos recargado para convertirlo en un simple instrumento de poder.

Machismo y religión

Dice San Pablo en su primera epístola a los Corintios: "... Las mujeres cállense en las asambleas, porque no les está permitido tomar la palabra, antes bien, estén sumisas como también la Ley lo dice. Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa; pues es indecoroso que la mujer hable en la asamblea".

Es antigua pues, la fórmula de sumisión, de inferioridad y de silencio decretados a la mujer dentro del orden cristiano, orden que a través de los siglos ha recogido y mantenido tradiciones de tipo cultural que ya venían de mucho antes y que han permitido un marginamiento en lo religioso, que rubrica, y de cierta manera justifica, aquel que la sociedad ejerce sobre la mujer en los demás ámbitos de la vida. Ya se sabe que famosos predicadores, santos y ministros, nos han llamado y nos siguen llamando, entre otras cosas, larva

del demonio, puerta del infierno, serpiente del mal, distorsionando así, desde tiempos inmemoriales, el mensaje de Jesucristo, que transformó en gran medida la condición de la mujer, sujeta por entonces, mediante un orden injusto, a la condición de persona inferior.

Surge este tema a raíz del artículo escrito por Elvira Berrío de Jaramillo en el periódico *El Colombiano* de junio 7, y en el cual califica con mucha razón, de herederos de un machismo recalcitrante, a algunos jerarcas de la Iglesia que protestaron porque una mujer leyó el evangelio durante una misa celebrada en Zipaquirá. Las palabras de Elvira Berrío no constituyen afirmaciones distorsionadas, ni son producto de una simple actitud individual frente al problema de la discriminación de la mujer dentro del orden litúrgico; son las palabras de miles de mujeres que coinciden en ese señalamiento, porque ya sabemos las mujeres conscientes que cuando una de nosotras habla para afirmar nuestros derechos y rechazar todo tipo de discriminación, sea cual sea el terreno donde ésta se produce, no es ella sola quien habla, sino que es la voz de todas nosotras la que ha de escucharse.

Excluida de la participación jerárquica en el orden religioso, participación a la cual solamente tienen derecho los hombres, la mujer acabó aceptando como cosa natural que no

haya para ella seminarios donde cursar una carrera sacerdotal, y que, por supuesto, sus ambiciones de ser predicadora de su religión, administradora de sacramentos, oficiante de los ritos sagrados, y de ser ungida sacerdote, parecerían extravíos, delirios imposibles de una mente alterada. Aun de niña, en nuestros pueblos y ciudades la mujer ve con envidia, desde la inferioridad que ya en la infancia se le marca, cómo el cargo de acólito es ejercido solamente por varones, marcando así, desde los primeros años, la supremacía y el privilegio que con el tiempo han de parecer incuestionables. Para ejercitar su vocación religiosa, a la mujer no le queda otro camino que el de ser monja, condición que la sitúa al margen de una participación para la cual, en la inmensa mayoría de los casos, se siente dotada y convocada. Mujeres inteligentes, capaces, profundamente religiosas, estudiosas, han de conformarse con un ejercicio que anula en ellas gran parte de sus capacidades intelectuales. Confinadas en el templo a simples labores de sacristía, repiten dentro del marco religioso el esquema general que la sociedad le traza a las mujeres, y terminan por ser sólo apéndice y sombra de un orden masculino que las mantiene relegadas. Prueba de las capacidades que las hacen merecedoras del sacerdocio, dan a cada momento aquellas monjas que cum-

plen tareas invaluables como maestras, como misioneras, como administradoras. Cuántas de ellas, desde su intimidad, querrían modificar el orden, asumir el papel que se merecen, llegar a una práctica sacerdotal que les ha sido negada en virtud de eternos prejuicios y discriminaciones. Hay en este momento en el mundo, surgida de grupos cristianos, una oleada de renovación. Sacerdotes conscientes, teólogos lúcidos, comunidades de estudio, cuestionan lo que ha sido la imagen de la mujer en el desenvolvimiento histórico de nuestra religión y plantean la necesidad de un cambio en la línea machista tradicional. El movimiento feminista, por su parte, ha hecho posible para muchas mujeres romper esa aceptación ciega de asuntos que por estar tocados del ingrediente religioso se han considerado inabordables, y propicia la discusión abierta de estos problemas, discusión que ha de conducir a un afianzamiento de los postulados de igualdad, base de toda conciencia cristiana. Lo otro sería cerrar los ojos a la posibilidad de una crítica, y aceptar como inmodificable aquello de que el Templo sigue siendo para las mujeres, mientras la Iglesia sigue siendo para los hombres.

El juicio y el prejuicio

En una caricatura de Velezefe, publicada recientemente en *El Colombiano*, aparece el titular de una noticia: “Inquietud por pastilla que masculiniza a la mujer”. Un hombre con el periódico en sus manos, pregunta a su esposa: “¿Vas para el costurero?”. Ella, fumando un gran tabaco, con asomos de barba y bigote y vellos tupidos en los brazos, responde: “No. Voy al café, a hablar de fútbol y de política”.

El anterior es un ejemplo típico de cómo muchos recogen, el caricaturista en este caso, esa espuma inasible, informe, difícil de identificar, que se llama la opinión pública, hecha de clisés, de frases repetidas, de esquemas triviales y de conceptos preconcebidos, que montados sobre la cresta de la ola, viajan alegremente de boca en boca sin que su viaje implique la más mínima reflexión, un solo cuestionamiento, una mirada hacia el interior, que pudiera de pronto iluminar el concepto, modificar la

noción, plantear la posibilidad de una crítica, decirse a sí mismo que tal vez las cosas son diferentes del esquema trillado, y que tal vez pensar es mucho mejor que ser transportado mecánicamente por el movimiento rutinario de la idea recibida. Porque en el acomodo servil a ese movimiento, el ser humano acaba instalándose, automáticamente, en la mediocridad. Convertido en mediocre, los actos de su vida serán entonces la sola repetición opaca de un pensamiento prefabricado, de unas ideas que el montón elabora instintivamente para eludir todo aquello que conduzca a ser diferente, a negarse a la condición de borrego, lo que equivaldría a elegir la lucidez y la inconformidad, condiciones esenciales para que la vida pueda ser otra cosa distinta a un insípido y estéril trayecto sin huella y sin sustancia.

Aquí el esquema responde minuciosamente a la idea recibida: a los hombres y a las mujeres se les han asignado compartimentos específicos, terrenos propios dentro de los cuales cada uno ha de moverse sin invadir el terreno del otro. Uno de los reinos propios de la mujer — según el esquema — es el costurero; del hombre la política y el fútbol. Si una mujer deja el costurero y se ocupa de fútbol o de política, es signo inequívoco de que se ha “masculinizado”, es decir, ha asumido actitudes que solo se explican como manifestación

varonil del mundo. Por eso el caricaturista sugiere que si la mujer del dibujo ha tomado pastillas que la masculinizan, su primera reacción al ingresar a ese estadio de lo masculino, será dejar el costurero y decidir que irá al café —sitio de hombres— y que hablará de fútbol y política —temas de hombres—. El chiste se nutre, entonces, de esa idea recibida, torpe por supuesto, pero hondamente arraigada en una sociedad que ha hecho de lo masculino y lo femenino instrumentos eficaces de división, de ejercicio de poder, de prepotencia de un sexo sobre otro sexo en todos los ámbitos de la vida cotidiana. El chiste, ya descifrado por el psicoanálisis como expresión de una represión inconsciente, aparece identificando masculino con intereses notables, femenino con intereses triviales, y bloqueando la posibilidad de que la comunidad de intereses sea apenas el resultado de una participación indiscriminada en el mundo que nos rodea. No se trata, para el caricaturista, que representa en ese momento la espuma de la opinión pública, de que las mujeres se ocupen de cualquier cosa y los hombres, a su vez, de cualquier cosa. Es necesario remarcar que hay asuntos de hombres y asuntos de mujeres, y que para que una mujer aparezca de repente, asomándose a asuntos que no son considerados como femeninos, ha sido necesario, previamente, convertirse en

hombre, haber tomado pastillas “masculinizantes”. Si mantiene su feminidad, no saldrá del costurero, y la caricatura, entonces, no se hace necesaria, la opinión pública no precisará de ella.

Detrás del telón humorístico de la caricatura, se esconde una inquietante realidad: la inseguridad del varón, quien parece derivar su prepotencia de la medida en que la mujer se quede en el costurero. Si salta el muro, él siente que le corren la silla, que su dudoso papel de rey de la creación corre el riesgo de viraguar-se, cuestionado por esa irrupción novedosa de alguien que de pronto le hace percibir íntimamente, sus propias carencias. Por eso le pone cerco a su terreno, lo señala, lo delimita, y trata de asustar a la mujer diciéndole que si ella traspasa el cerco, se estará comportando como un hombre.

Con lo que no cuentan muchos varones es con que cada día hay más mujeres que simplemente deciden comportarse como seres humanos, aún corriendo el riesgo de que les digan —en broma o en serio— que es que han tomado pastillas masculinizantes.

Al pie del fogón

El salón está lleno y las mujeres, casi todas esposas de obreros, corren sus asientos hacia adelante para oír mejor. Nos hemos reunido para discutir acerca del tema de la mujer, lleno de interrogantes y de posibilidades, de zonas oscuras y de iluminaciones, plagado de prejuicios y de insensateces, construido de esquemas y lugares comunes, pero bañado al mismo tiempo, y cada vez más, por esa especie de agua lustral que surge del conocimiento y de la lucha de las mismas mujeres.

Retomando la idea de Simone de Beauvoir de que la mujer es una fabricación, idea fundamental que explica el proceso de inserción de las mujeres dentro de la sociedad, la discusión se propuso alrededor de un enunciado central: "Cómo se fabrica una mujer". Seguir ese minucioso proceso de la configuración, desde la infancia, de un ser femenino que deberá cumplir roles femeninos, identificados con el transcurso

del tiempo como naturaleza. Es decir, que todo aquello que es tan solo producto de una cultura —gestos, modales, lenguaje, juegos, oficios— acabará siendo esgrimido como biología, identificado como característica congénita, asumido como sustancia vital. Así fabricada, la mujer se define tan solo en la medida de sus roles. Y ella misma llega a creer que esos roles constituyen su ser. Apasionante tema.

De pronto, tocadas por las primeras palabras, pero sobre todo empujadas por la necesidad de hablar, estas mujeres empiezan a hacer concreto el discurso teórico; a apropiarse de la idea, a encontrarle su raíz en la experiencia personal. Habla la mujer alta, gruesa, de gesto agradable: ella y otras compañeras, asisten semanalmente a una clase de gimnasia que constituye la posibilidad de un encuentro gratificante, la oportunidad de salir, de dejar la cocina, de entrever el mundo que queda al otro lado del muro. Pero para algunas es un sueño imposible. El marido de Estela, por ejemplo, le ha prohibido terminantemente continuar en la clase. No le gusta eso de que haga gimnasia, no le gusta eso de que tenga un profesor, no le gusta eso de oírla haciendo citas por teléfono. La mujer en su casa. Ella obedece. Y se traga su rencor y su amargura.

Las palabras se multiplican. Todas hablan desde las cuatro paredes de la casa porque

es allí donde resultan confrontadas, donde su condición de mujeres se hace evidente y dramática. Madrugar a hacer el desayuno, servirlo, bañar a los niños, despacharlos para la escuela, montar la olla del almuerzo, lavar ropas, trastos, muros, planchar, remendar, barrer, otra vez la olla, otra vez servir, otra vez lavar, otra vez pensar la sopa para que no sea la misma de antier porque a él no le gusta el guineo, otra vez la cocina y la escoba, y pegar el botón de la camisa para evitar un desastre, y de nuevo la cocina y siempre la cocina. Sopa, olla, fogón, mujer, cocina, y los reclamos, y los hijos y el marido sentados esperando ser servidos, y de pronto la necesidad de salir un momento, de ir hasta la esquina donde alguna vecina, y el miedo de que él llegue y la encuentre en la esquina, una mujer en la esquina, una mujer en la calle. El oficio doméstico como una rueda que no se detiene, que te lleva y te trae y te separa del mundo y te condena y te aplasta, una rueda exclusivamente hecha para ti, para tus solos hombros. Una rueda sin fin. De pronto, en medio del salón, con las hojas de apuntes entre las manos, uno siente vergüenza. Ha pasado buena parte de la vida leyendo libros, tomando notas, asistiendo a conferencias, hablando con hombres inteligentes, con mujeres inteligentes y emancipadas; se gana la vida con su propio trabajo en la

calle, ha liquidado la carga oprobiosa del oficio doméstico, habla, pelea, discute, escribe. Y ha elaborado sus finas teorías sobre el placer, sobre el derecho al cuerpo, sobre la necesidad de la emancipación en el terreno erótico. Pero se ha olvidado de la sopa de guineo y de estas mujeres que antes de ocuparse de su cuerpo tendrán que dar la batalla dentro de las paredes de su propia cocina. El enemigo principal está ahí y es necesario sacudir el yugo del fogón antes de emprender tareas más refinadas, importantes, claro está, pero cuyo enunciado resultaría vacío mientras la carga de las tareas domésticas, como obligación exclusiva de la mujer, no sea cuestionada y liquidada por las mismas mujeres asignándola a todos los integrantes del grupo familiar. De lo contrario se corre el riesgo de refugiarse en simples esquemas de corte intelectual, válidos apenas para uno mismo o para un escaso número de mujeres. Es cierto que la sexualidad de estas amas de casa con dedicación exclusiva, o de las trabajadoras que a su jornada por fuera han de agregar el peso íntegro de la jornada doméstica, ha de ser necesariamente frustrante, producto de una vida cotidiana agobiante, y que resulta imperativa la lucha por el derecho al cuerpo. Pero no será posible la claridad y la afirmación en el terreno erótico si antes no se ha librado la batalla dentro de los asfixiantes

muros de la cocina.. Es la gran lección que dejan las confesiones de estas mujeres. La lucha comienza al pie del fogón.

Querida Hipatia

De pronto en la conversación, el amigo pronuncia un nombre: Hipatia. Un infinito vacío cobija ese nombre como si hasta las letras que integran su arquitectura surgieran de un hueco oscuro, indescifrable. Nada lo acerca a la memoria: ni un texto leído alguna vez y medio olvidado, ni una vaga referencia histórica. El sonido de la palabra cobra la fascinación de aquello que se escucha por primera vez y que afirma en nosotros su existencia convirtiéndose en descubrimiento, en asunto de primer día aunque haya permanecido allí, invisible, por milenios. Hipatia. Hacia el año 400, en Alejandría, considerada un ser excepcional. Uno quiere entonces buscarla, rastrear su noticia que ha demorado tantos siglos para llegar hasta aquí.

Porque Hipatia es una de esas mujeres borradas de la historia, relegada al olvido, al igual que otras filósofas, sabias y científicas

de la antigüedad. Solo que además del olvido, ella pagó con su vida el desafío que significó entonces asumir conocimientos y conductas que se entendían —y se entienden todavía— como exclusivas del sexo masculino. El seguimiento de sus pasos por una época en la cual confluyeron en Alejandría la ciencia, el arte, el comercio, la filosofía, y cuando matemáticos y astrónomos, filósofos y lingüistas, buscaban, tanteaban nuevas formas espirituales, ha de ser para el investigador tarea alucinante. Carl Sagan menciona a Hipatia en su libro *Cosmos* y la llama “la última lumbrera de la Biblioteca de Alejandría”, ese recinto de sabiduría y de investigación que llegó a poseer todos los libros griegos y obras de África, Persia, India e Israel y los originales de las tragedias de Sófocles, Esquilo y Eurípides.

Después de los breves pero emocionantes párrafos de Sagan, uno sigue preguntando por Hipatia. Octavio Paz trae alguna noticia al compararla con la no menos maravillosa Sor Juana Inés de la Cruz: “Las dos fueron hermosas, castas y sabias y las dos fueron perseguidas por prelados intolerantes, aunque los de la alejandrina fueron más bárbaros y crueles”. Y nos cuenta, como lo hace el mismo Sagan, que Hipatia enseñó filosofía en la Academia de Alejandría y escribió varios tratados de astronomía y geometría siendo tal vez la pri-

mera mujer en el mundo que sobresalió en las ciencias exactas.

Entonces la borrosa figura parece emerger de la sombra de los siglos, armándose precariamente con diminutos fragmentos, mínimas piezas rescatadas de un párrafo, mezquinos renglones de alguna enciclopedia, datos anecdóticos y escasos recogidos sin embargo amorosamente, como quien recoge piedrecitas lavadas por el agua del río. Recostada sobre el Mediterráneo, la Alejandría de Hipatia crepita con todos los fuegos, la cruzan encontradas tendencias, la alimentan la ciencia y la injusticia, la sabiduría y la ignorancia, lo terrenal y lo divino; habla múltiples lenguas y se erige en convergencia de todos los caminos. Es templo y patíbulo. Las luchas religiosas son también, en su seno, luchas por el poder, y el fanatismo encuentra en la trama de esas luchas una hendidura propicia. Cultura y sabiduría se convierten en sinónimo de paganismo. Hipatia circula con serenidad y soltura por entre sus colegas masculinos y tal vez hay en ella un cierto desdén por las turbas incultas y reaccionarias. Sabia y hermosa, se deja absorber totalmente por su trabajo en la biblioteca, por el número creciente de sus discípulos. Grupos fanáticos vieron en ella la encarnación del mal. Tanta serena sabiduría en el alma de una mujer precipitó entonces

la tragedia. Una turba enloquecida detuvo su carruaje, y su cuerpo, vejado, fue desollado por los fanáticos con conchas marinas que a manera de cuchillas afiladas separaron la carne de los huesos. Hipatia descuartizada fue el símbolo trágico de esa pira siniestra que arrasaría más tarde con la gloriosa Biblioteca.

No hubo tumba para Hipatia. Sus huesos fueron quemados, al igual que sus obras. Y uno escucha su nombre, por primera vez, al borde del año dos mil, y duele ese nombre. Y ese olvido.

Hombres miedo y mujeres

Reunidos en el auditorio los asistentes nos disponemos a escuchar las palabras de los invitados, personas de distintas disciplinas que hablarán sobre el descubrimiento de América, sus implicaciones, su verdad histórica, su vigencia secular en el contexto de nuestra extraviada identidad. Un tema apasionante enfocado desde aquellos ángulos de los cuales se apropia la inteligencia como plataforma de análisis y lucidez.

El profesor universitario expone conceptos, inserta anécdotas y señala y precisa fechas y referencias históricas para aproximarse al fenómeno del mestizaje americano y su intrincado mecanismo genético y social. De repente, en medio de la disertación científica y para rebatir algún concepto que no comparte, acude al ordinario y trillado “como dicen las señoras”, tocado con el acostumbrado tono burlón que la expresión requiere. Es decir:

para significar que algo dicho no vale la pena, los hombres como el profesor lo ponen en boca de las mujeres —de las “señoras”— como una manera de rebajar el valor del concepto, reforzando de paso la noción de estupidez que se le asignan a las cosas que dicen las mujeres. Más adelante, al referirse al complejo capítulo de los atropellos y violaciones cometidos por los conquistadores contra las mujeres que habitaban el continente recién descubierto, el profesor recordó que no todas fueron sometidas por la fuerza, sino que muchas de ellas se enamoraron del conquistador y accedieron voluntariamente a su reclamo. En lugar de mantener la objetividad de su discurso y partir hacia un análisis serio, aprovechó la ocasión manifestando de modo irónico sus temores de que a propósito de tal afirmación, muchas “señoras mujeristas” negarían la verdad histórica, ya que para ellas toda aproximación sexual de parte del hombre, reviste una forma de violación. Y como para coronar, agregó con gesto de cuenta-chistes profesional: “si las mujeres se enamoran de un policía, ¿por qué no podrían enamorarse de un español?”.

Estos fueron, pues, los espacios ocupados por la mujer en una disertación intelectual protagonizada por un profesor universitario acerca de un tema histórico. Esto no es nuevo en el mundo: filósofos, clérigos, escritores,

científicos, se han referido a la mujer desde tiempos inmemoriales, en términos despectivos. Platón daba gracias a los dioses por haberlo hecho libre y no esclavo, hombre y no mujer. Antes y después de Platón la colección es inmensa. La misoginia no es un complejo nuevo, ni es inherente a la incultura o a la ignorancia; pero es eso precisamente, lo que preocupa: que persista hoy en mentes que uno creería limpias de prejuicios irracionales ya que están ocupadas en tareas de tipo intelectual y corresponden a testigos críticos de un mundo de excepcional evolución en todos los órdenes.

Es necesario preguntarnos el porqué de esa tradicional mirada despectiva del hombre hacia la mujer, y destapar las verdaderas causas de una dramática contradicción que lo lleva a menospreciar al sexo con el cual convive, y que carga con el nada inocente remoquete de “débil”. Uno sospecha que al fondo de estas actitudes hay mucho de pavor inconfesado, fantasmas que no dicen su nombre, miedos ocultos que de ser identificados aclararían esa agua turbia de la discriminación en la cual naufraga toda posibilidad de un mundo mejor. Como ese gran miedo al cuerpo de la mujer, cuerpo capaz de poner en evidencia todo aquel postizo engranaje de sabiduría, inteligencia, virilidad, fuerza y poder, sobre el

cual se asienta peligrosamente la noción de lo masculino. Pero ante todo, miedo a que ese otro cuerpo piense, hable, opine. Y decida. Un miedo que se escuda en el chiste ordinario o en el gesto de menosprecio, aun dentro de contextos científicos.

Inseguro de sí mismo, el hombre ve a la mujer como enemiga. Lo grave es que ambos salimos perdiendo.

Mujeres y escritura

En la novela *Orlando*, de Virginia Woolf, se lee lo siguiente: “El amor, lo ha dicho el poeta, es todo en la vida de la mujer. Basta echar una mirada a Orlando escribiendo en su mesa, para admitir que nunca hubo mujer con más aptitudes para ese papel. Seguramente, ya que es una mujer, una mujer hermosa, pronto abandonará este simulacro de escribir y de pensar. Pensará entonces, aunque sea en un guardabosque (y con tal de que piense en un hombre, a nadie le parecerá mal que una mujer piense). Luego le escribirá una esquelita (y con tal de que escriba esquelitas, a nadie le parecerá mal que una mujer escriba)”.

Habiendo publicado su primer escrito a los 23 años, Virginia Woolf mantuvo hasta su muerte una entrega total a la literatura. Inteligente, irónica, brillante y culta, se ocupó, tanto en sus obras de ficción como de ensayo, de asuntos en cuyo trasfondo aparece la

figura de la mujer, no bajo una mirada complaciente o romántica, sino como habitante de un mundo que de alguna manera la constriñe o la ignora. Sus personajes femeninos perciben, a veces de manera lúcida, a veces instintivamente, que su espacio íntimo está invadido, cercado; y ponen en evidencia, aún bajo conductas sutiles, la dificultad de instalarse en un mundo en el cual es el hombre quien tiene la palabra. Heredera de mujeres para quienes escribir era un acto secreto y riesgoso o, en el mejor de los casos, un simple juego aristocrático, un gesto de excentricidad, Virginia Woolf afrontó, a pesar de su elevada posición social y de su vasta cultura y a pesar de formar parte de un refinado grupo de intelectuales, los desaires de sus compañeros empezando por su marido, todos ellos parcos y escépticos frente a sus libros que, como en el caso de *Tres guineas* publicado en 1938, apenas si les mereció uno que otro comentario de paternal benevolencia. Les molestaba no sólo que esa mujer escribiera bien, sino que se ocupara, mediante su fina ironía y su capacidad de escritora, del tema de las mujeres como habitantes de un mundo de hombres, gesto que desataba prejuicios y burlas. “Cuando me siento acorralada escribo mejor”, dice en uno de los apartes de su diario. Y agrega: “Escribir contra la corriente produce una ex-

traña sensación. Sin embargo, resulta difícil hacer caso omiso de la corriente”. No se trataba pues, de una de esas antepasadas suyas, a quienes unos padres escandalizados o unos maridos iracundos les quemaban sus escritos, o de aquellas otras que escribían a escondidas o debían interrumpir a cada momento su escritura para ocuparse de los asuntos de la casa. Pero fueron ellas desde su silencio, las que abrieron el camino para que una Virginia Woolf, por ejemplo, asumiese su condición de escritora por encima de obstáculos, quizá más sutiles pero no menos dañinos que los que ellas encontraron.

La escritura de mujeres ha recorrido un largo camino de silencio y olvido, pero vive también, ahora, un momento excepcional de rescate y de apropiación. Lo que era un cuadro borroso, un retrato incompleto y desvaído, se ha ido haciendo visible gracias a la tarea de mujeres que en todo el mundo, están dedicadas a recuperar nombres y obras sepultados por la indiferencia o el desdén. Y están las numerosas voces actuales que entienden que es en la palabra, en el uso de la palabra, donde reside nuestra capacidad de instalarnos en el mundo. Herederas del silencio, comprendemos, paradójicamente, que es la palabra la que nos permite nombrarnos, recuperar el “yo” extraviado.

Hace más de sesenta años y en un ensayo de discusión sobre los problemas de las mujeres escritoras, Virginia Woolf consideraba necesario que cada una de ellas pudiese conquistar una mínima independencia económica y al menos un cuarto propio. Era la forma de decirnos que, rescatado de una enajenación milenaria el espacio personal, resultaría entonces más fácil cambiar el mundo. Sigue siendo cierto hoy en día.

¿Quién habla en nombre de Gabriela?

Su amiga la recuerda entre lágrimas. Dice que debe andar por ahí, quién sabe dónde, que alguien conocido la vio hace un mes convertida en sombra, en ruinas, restos de lo que era una mujer joven que no ambicionaba más de lo que poseía: la pequeña casa en el campo, la madre, un hermano, la hermana recién casada que compartía junto con su esposo el espacio familiar, aportando, como cada uno de los miembros de la familia, su cuota diaria de trabajo. Salir a veces al pueblo, arreglarse, dejarse decir de un novio tímido palabras escasas, de esas que cuestan mucho esfuerzo pero que después de pronunciadas, se quedan en la luminosidad de la sonrisa, de la mirada. Gabriela.

Una tarde estaba tendiendo en el alambrado de la manga, junto a la quebrada, la ropa acabada de lavar. Vio venir a su cuñado y le extrañó su presencia a una hora en que

debía estar en el corte, desyerbando en una finca vecina. No hubo ni siquiera un saludo, una aproximación inicial; todo fue un zarpa-zo brutal, su cuerpo derribado por una terrible y poderosa fuerza física que la aniquiló, y un dolor de cuchillo hundido en su carne y aquella sensación desoladora de miseria, impotencia, asco y vergüenza. Y el odio, nunca antes sentido por ella, asomando sus fauces, instalándose en aquel cuerpo mancillado y deshecho, sacudido por un llanto incontenible. Gabriela destrozada, sin alientos para recuperar los pedazos dispersos de sí misma, los fragmentos de aquello que ya nunca volvería a sentir o a gobernar: su propia vida.

Desde el primer momento intuyó que nadie en su casa, y mucho menos su hermana, la creería inocente; sabía que la culpa recaería sobre ella, que la acusarían de atravesarse en el camino de ese hombre. Se fingió enferma para justificar sus encierros y su inactividad, mientras el criminal entraba y salía protegido por su propio cinismo y por el silencio de ella. Un día supo que estaba embarazada. Algo, desde el fondo de sus entrañas, multiplicó todo aquel asco, aquella repulsión fibra por fibra, de su carne violentada. Pensar que del atropello infame nacería un hijo, le produjo náuseas terribles que se convirtieron en un vómito imparable, agotador, como si su cuerpo preten-

diera expulsar hasta el último vestigio de su desdicha. Ella, que había soñado tener un hijo con aquel novio tímido. Pero ya no había nada que hacer: sus escasos sueños habían quedado en añicos. Su vida toda estaba hecha añicos.

Abandonó su casa sin dar ninguna explicación. Buscó en Medellín a su amiga de infancia en cuya modesta casa, en un barrio apartado, fue recibida con amor. Se abrazaron y lloraron juntas. Gabriela no soportaba aquella semilla sembrada de modo tan brutal en su propio cuerpo. Sentirla en su vientre era como sentir que el crimen se multiplicaba a cada instante. Se fue con su amiga a un lugar lúgubre, donde alguien manipuló de manera torpe, lastimándola inútilmente, con grave riesgo. Su embarazo estuvo amasado en lágrimas, insomnios y humo de cigarrillo. Fumó todo el tiempo, en forma nerviosa y compulsiva, y desarrolló un temblor incontrolable en sus manos. El mismo día del alumbramiento, una pareja se hizo cargo del niño, adoptándolo. Meses más tarde, Gabriela dejó la casa de su amiga, quien afirma: “Ella no pudo aceptar el hecho de que su violador la hubiese convertido en madre”.

No hubo, para Gabriela, derecho a la vida.

Los arquetipos de la publicidad

En esta sociedad, cuyo tejido se convierte cada día en retazos descocidos, en rotos y agujeros que se van agrandando en la medida del desgaste, no es de extrañar que sea la publicidad la que crea arquetipos humanos que, erigidos en iconos, surgen como paradigma, como modelo a seguir, y arrasan de paso los pocos mecanismos de defensa que aún perviven en medio del caos. Y es que la publicidad no se limita tan solo al simple acto de anunciar un producto, sino que asume de modo cada vez más evidente mecanismos que gracias a su poder de penetración a través de los medios, van deformando y desnaturalizando la propia identidad y creando en quienes reciben el mensaje una forma de enajenación, un desajuste entre su yo real y el yo que la misma publicidad le propone.

Aunque la fabricación de imágenes ideales desde la publicidad se da a partir de personas

de ambos sexos, la mayor manipulación corresponde a la figura de la mujer, ya sea como anzuelo para compradores o como consumidora ella misma, de todo aquello que la tradición le ha endosado como sustancial a su ser femenino, tanto en lo doméstico —su reino primigenio— como en lo superfluo y accesorio. Enfrentada al arquetipo, e incapaz en la inmensa mayoría de los casos de una reflexión lúcida frente a ese asalto a su individualidad, la mujer sucumbe ante el halago de una propuesta que la arrastra y la confunde de modo inconsciente. Y es precisamente de esa confusión, de donde surgen casi todas las ventajas económicas de la publicidad. El afán de parecerse al modelo propuesto desata la ansiedad de la compra, asignándole a la posesión del objeto deseado el poder mágico de una transformación que el arquetipo insinúa de modo seductor. La mujer resulta entonces alienada de sí misma, extraviada su identidad, desvaído y borroso su ser más íntimo. Busca su rostro entre aquellos que la publicidad le propone: tal vez el de esa joven del aviso del día de madres, insinuante y provocativa, con su cuerpo de sueños de almanaque apenas cubierto por la fina ropa interior, regalo que, según le asegura el texto del aviso, le hará recibir “muchos besitos de BUENAS noches”; o el de la joven de cabello resplandeciente, cuyos destellos relumbran en la pantalla de tele-

visión, y que cae, invariablemente, en brazos de un hombre enamorado, mientras el frasco de champú insinúa su contenido mágico y recuerda que sus efectos son una de las fórmulas de la felicidad; o ese otro rostro del aviso de prensa, la sonrisa infalible, los hombros torneados, los senos perfectos realzados por la provocativa prenda de encaje, y aquel fondo de azul muy tenue que sombrea la suavidad de la piel: los mágicos poderes del brassier, conmemoran, gentilmente, el día de la mujer. Las imágenes se alternan a un ritmo frenético, irresistible: jóvenes madres de atuendo impecable, rodeadas de hermosos objetos, dan cucharaditas de composta a sus bebés, hermosos como ellas; amas de casa de silueta perfecta, radiantes en su cocina de cuento de hadas, playas de ensueño que sirven de marco a los cuerpos envidiables, producto de su bronceador preferido...

Mientras tanto, la mujer que se busca en todas ellas desea poseer las claves que la publicidad le revela. ¿Dónde, entonces, ella misma? Si pudiera abrazarse, saberse, reconocerse. Pero la trampa está tendida y el arquetipo amenaza con aplastarla desde aquel mundo de artificio, desde la fábrica de modelos culturales, responsables en gran medida de las banalidad que caracteriza nuestra vida cotidiana. Es difícil salvarse.

Camille Claudel, la enterrada viva

En el programa de junio correspondiente a actividades culturales del Museo Nacional de Bogotá, aparece anunciada una película de Bruno Nuyttén sobre Camille Claudel, a quien la nota explicativa describe como “joven y talentosa escultora a quien paulatinamente destruyen el amor que siente por su famoso colega Auguste Rodin, y su propia pasión por el arte”. Sea lo que sea la tal película, no deja de ser irónico el hecho de que precisamente un museo le ponga la firma a esa afirmación trivial e inexacta, ignorando la obra de una mujer excepcional que volcó en sus grandiosas esculturas toda la apasionada belleza de su fuego creador, comunicándole a los cuerpos que esculpía una sensualidad que llegó a impregnar la obra de Rodin, su maestro y posteriormente su amante. Imposible encasillar a Camille Claudel dentro del simple adjetivo de “talentosa”. Era una fuerza arrolladora que

ya a los trece años manifestaba con vehemen-
cia su deseo de ser escultora, empeño que su
madre no le perdonó jamás, pues semejante
vocación implicaría mostrar cuerpos desnud-
dos, relacionarse con hombres en talleres du-
dosos, convertirse en una “perdida”, ambigua
expresión que pretendía rebajarla. Nacida en
1864, en Villeneuve, un pueblo de Francia,
su sueño era París, sabiendo, bien lo decía su
madre, que una mujer escultora significaba
un escarnio, una vergüenza familiar. A las
mujeres se les toleraban ciertas aficiones ar-
tísticas, pero convertirlas en un oficio, como
ella lo pretendía, resultaba inaceptable. A los
19 años, cuando conoció a Rodin y empezó
a frecuentar su estudio, las mismas modelos
del escultor se sentían incómodas con su pre-
sencia; aceptaban posar para un hombre, pero
hacerlo para una mujer les parecía repugnan-
te; todo a su alrededor, en especial en el medio
familiar, desataba el escándalo: su condición
de mujer que desdeñaba los convencionalis-
mos sociales, la audacia de sus formas escul-
tóricas que como en *El abandono*, muestra los
cuerpos entrelazados de dos amantes en una
especie de desmayo amoroso. Enamorada de
Rodin, con quien vivió una intensa relación
que terminaría dolorosamente cuando ella te-
nía 34 años, su obra amenazaba opacar la de
él, tal era el aura de belleza de aquellas formas

que no parecían conceder límites a su expresión sensual. En una biografía de Camille, su autora Anne Delbee escribe: “Con el pretexto de un estudio de desnudo, la joven se había decidido sin esperar más. La osada postura turba a Rodin y despierta su admiración, pero también le produce miedo. Sus propias esculturas ya provocan escándalo, pero si Camille empieza a realizar escultura erótica, sensual, se expone a que la masacren. Ese desnudo es inaceptable. Ha sido osada y aún lo será más. No cabe la menor duda”.

Pero no era sólo Rodin quien se sentía afectado por la presencia perturbadora de Camille. También Paul Claudel, su hermano, poeta y dramaturgo, que la amaba y la admiraba, empezó a ver en ella, jalonado por el prejuicio, a la extraviada, a la equivocada. Al fondo, ambos hombres, su amante y su hermano, no podían aceptar que aquel espíritu de creación avasalladora anidara en el alma de una mujer. Ambos se sintieron, de algún modo, disminuidos. En connivencia con la familia, que apoya la decisión, internan a Camille en un manicomio donde estuvo recluida hasta su muerte, en 1943. Tanta pasión creadora, tanto fuego desatado y tan sorprendente perfección artística en una mujer, no podía ser más que locura. A pesar del lúgubre encierro y de su inmensa frustración, nunca perdió la lucidez y escribió

cartas desesperadas a Paul Claudel suplicándole que la sacara de ese lugar; médicos próximos a ella consideraron que no se justificaba su reclusión, pero la familia Claudel fue inflexible. Era preciso salvar las apariencias.

Borrada de la historia como muchas otras mujeres, por haber asumido papeles no aceptados socialmente, hace sólo unos pocos años su nombre fue rescatado gracias a la tarea de grupos feministas de Francia, y algunas de sus esculturas expuestas en el museo Rodin, de París, donde ha quedado parte de su obra.

No fue pues, Camille, destruida “paulatinamente” por el amor y por su pasión por el arte. La destruyeron brutalmente aquellos que no podían tolerar tal clase de amor y tanta pasión.

De mujeres y de leyes

La sentencia de la Corte Constitucional que declaró exequible la Ley de cuotas por medio de la cual se asegura la efectiva participación de la mujer en los niveles decisorios de la Administración Pública, constituye no sólo un texto de claridad jurídica, sino un ensayo de referencia histórica, sociológica y filosófica, que, retomando los antecedentes de la condición social de las mujeres, aborda ese complejo proceso cultural de su lucha por instalarse en un mundo fabricado y gobernado por hombres y a la medida de los hombres.

El autor de dicha sentencia, el magistrado Carlos Gaviria Díaz, revela, en la forma y en el contenido, no sólo su condición de jurista, sino también de intelectual, en el cabal sentido de esa palabra. Sus fundamentos para declarar constitucional la Ley de cuotas, están sustentados por un pensamiento humanístico, lo que le confiere a dicha ley un piso de conte-

nido universal que la saca del simple enunciado circunstancial e impositivo. Se destaca, en la providencia, el largo camino que hemos tenido que recorrer las mujeres para lograr el reconocimiento de derechos negados históricamente. “Baste recordar —dice Gaviria— que bien entrado el siglo veinte, las mujeres en Colombia tenían entre otras limitaciones, restringida su ciudadanía, se les equiparaba a los menores y dementes en la administración de sus bienes, no podían ejercer la patria potestad, y se les obligaba a adoptar el apellido del marido agregándole al suyo la partícula “de”, como símbolo de pertenencia”.

Los enunciados de la sentencia se apoyan en la propia Constitución, que señala que ninguna persona será discriminada, entre otras razones allí enumeradas, por su condición sexual, y que al Estado le corresponde adoptar medidas en favor de los grupos discriminados. Es decir, la Ley de cuotas cumple en sus objetivos con un mandato constitucional; tanto es así, que como lo señala la sentencia, dicha ley reconoce la necesidad y la obligación de garantizar “la adecuada y efectiva participación de la mujer en los niveles decisorios de la Administración Pública”. Claro que el ingrediente cultural que impregna desde tiempos remotos la mirada social hacia la mujer, ha venido convirtiendo en naturaleza, en algo que se da por descontado e

inherente a la condición femenina, aquello que no es más que un injusto y deliberado desconocimiento, aun desde la misma aplicación de las leyes, de sus derechos y de sus capacidades. Prueba de ello, entre otras, es que siendo las mujeres mayoría dentro de las cifras de universitarios graduados en el país, su presencia en cargos de decisión en la Administración Pública es mínima o nula. Uno se pregunta, entonces, qué ha sucedido entre la conquista del acceso a la universidad, y el espacio cerrado a su inserción en los niveles decisorios oficiales. La respuesta la da la misma Corte Constitucional. Dice así la sentencia: “Que la precaria representación de la mujer obedece a un criterio irracional de discriminación, más que a supuestos factores de inferioridad natural o de formación cultural y académica, lo demuestra de modo contundente el hecho de que en la carrera administrativa, cuyos cargos se proveen por el sistema de méritos, la representación de la mujer llega incluso a sobrepasar la del hombre”. Y más adelante: “Para la Corte es un hecho que la mujer, incluso si tiene una formación académica superior a la del hombre, ha de enfrentar mayores obstáculos para acceder, máxime si se trata de los empleos más altos en la jerarquía política”.

Es evidente que la Ley de cuotas, que garantiza para la mujer un treinta por ciento de

participación en cargos públicos de carácter decisorio, constituye, por la vía de la obligatoriedad, y fundamentada en argumentos irrefutables, la única forma de hacer justicia y de dar el paso inicial hacia un proceso que de otro modo no sería posible. Al defender el principio de participación cuantitativa, es bueno aclarar que depende de circunstancias específicas, independientemente de si se trata de hombres o de mujeres, el que las personas nombradas acrediten una necesaria calidad. En todo caso, la promulgación de esta Ley ha posibilitado sacar el problema a un examen público, y a una revisión histórica, lo que permite imaginar hacia el futuro ajustes y accesos que se darán de modo natural y progresivo en cuanto a igualdad de oportunidades para la mujer en todo orden. Una día serán, entonces, tan innecesarias las leyes de cuotas para mujeres, como lo han sido siempre para los hombres, utopía ésta que forma parte del hermoso sueño de una sociedad justa.

El marketing del cuerpo

La Bella desnuda que aparece en las fotos de la revista, acaba de salir de su tercer parto, y se le ve con el recién nacido y con sus otros dos hijos, todos desnudos, en una exaltación de plenitud, un canto a la vida. Tal como lo exige la figura de su modelo, el fotógrafo ha logrado captar un cuerpo perfecto, que no sólo no ha sufrido los embates de tres embarazos, sino que preserva y acentúa la belleza esplendente de esta madre. No hay en aquella piel ni una mínima estría, ni el más leve signo de ciertos estragos, que bien lo saben las mujeres que han parido, quedan por ahí, unos más, otros menos —cinturas deformadas, músculos flácidos, senos marchitos— resultado de aquel evento trascendental como lo es el hecho de formar, durante nueve meses, con la propia carne y la propia sangre, un nuevo cuerpo. Las fotografías son elocuentes en su minuciosidad: la tersura de la piel, las formas per-

fectas que dibujan la fina línea de la cintura y la suave redondez de las caderas, los senos erguidos, el rostro sin asomo siquiera de alguna pequeña arruga y sin una sombra leve que insinúe el parto reciente. Hay en la vitalidad de aquel cuerpo, algo así como un derroche, una lujosa exuberancia de un supuesto erotismo desafiante. En el lenguaje cifrado de los códigos sociales, no es difícil advertir un cierto empeño en proponernos la figura de la triunfadora, de la que sale ilesa del trance.

Convertido ya en icono, dentro de lo que podría denominarse el mercadeo del cuerpo femenino con fines publicitarios, el esquema reina-de-belleza-modelo-embarazo, ha entrado a formar parte de una corriente generalizada que provee de paradigmas al imaginario colectivo —las mujeres en este caso— quienes, en el deseo inconsciente de parecerse al modelo propuesto, sufren una pérdida de autonomía y una inseguridad respecto de sí mismas y de su hechura física y espiritual, que deriva en frustración e incertidumbre, clima ideal para las trampas del consumerismo y el artificio. Leticia está recostada en una mecedora de mimbre y vuelve una y otra vez las páginas de la revista, donde aparece la Bella-después-del parto, y detiene su mirada en una de las fotos. Apoya sobre sus muslos la revista abierta y deja descansar sus manos sobre las páginas;

se recuesta un poco, levanta la cabeza y parece buscar con la mirada, en el aire, alguna señal invisible; esboza luego una sonrisa vaga, mezcla de pasajera ilusión, resignación, y algo, algo de envidia. Está embarazada. En el cuarto contiguo, sus dos niños juegan con tapas de gaseosa, y discuten, pelean, y lanzan de repente gritos de triunfo cuando ganan en un juego cuyas reglas ellos mismos parecen haber establecido. La casa es pequeña, limpia, sencilla, adornada con cortinas blancas de crochet tejidas por la propia Leticia, quien además cocina y lava y plancha la ropa de la familia. Este tercer embarazo la tomó por sorpresa, en un momento en el cual las cosas no andan bien económicamente. Da la impresión de que las fotos la han descorazonado un poco, como si se sintiera apenada de sus pies hinchados, de sus incipientes manchas en la cara, de su cuerpo que a los 29 años ha perdido algo de su frescura, pero que conserva rastros de una belleza serena y descomplicada.

Mirando a Leticia uno piensa en miles como ella, apabulladas por el modelo que les proponen las políticas de Marketing del cuerpo: las Leticias deprimidas por el parto; las de senos arruinados; las de la cintura perdida; las fatigadas, las hastiadas, las desveladas, las ojerosas. Las desencantadas. El prototipo las arrincona, y al mismo tiempo las atrae

perversamente. Sólo algunas entenderán el mecanismo de toda esa fabricación: horas enteras en el gimnasio, todos los días, masajes, dietas, cirujanos que controlan cada centímetro de piel y que agregan, suprimen, miden, calculan, modifican, dibujan, aumentan, disminuyen. Uno de ellos asiste al parto de la Bella embarazada y actuará para que nada en aquel cuerpo quede fuera de lugar y responda a los milagros de la plástica. En el noticiero de la mañana, este anuncio: El doctor fulano de tal, ofrece espectaculares implantes de mamas. Llamar al teléfono tal y tal.

¿Cuántas Leticias caerán en la trampa?

El cuerpo hechizo

La directora de uno de esos espacios radiales destinados a una audiencia familiar, doméstica, casera, o como quiera llamársele, femenina en su inmensa mayoría y marcados por el signo de lo trivial, entrevista a su invitado, médico cirujano graduado en una prestigiosa universidad colombiana, con posgrados y especialización en cirugía plástica, rama científica que le ha permitido a tantas personas recuperar miembros destrozados o amputados, reconstruir tejidos deshechos, devolver expresión a rostros desfigurados. Pero no se trata en dicho espacio de dar cabida a tales aspectos. La entrevista se inició con una precisión que hizo la directora en el sentido de que cada vez más mujeres quieren redondear sus senos y darles el volumen deseado, pero se cree que la operación puede ser complicada o de larga duración. El doctor tranquiliza a sus oyentes explicando así el fácil mecanismo

del implante: “Si por ejemplo hacemos un implante de seno por la mañana, esa misma noche la niña lucirá sus encantos y estará esbelta y hermosa”. No se trata pues de usar términos médicos. Es la garantía del vendedor, provocativa para tantas mujeres en cuyas mentes, igual que en la del cirujano, anida una curiosa idea de lo que es el encanto personal. Y en el afán de aclarar todas las dudas y de recordarnos que la silicona está ahí para algo más que para lucir esbeltas, el doctor subraya un aspecto fundamental que como en cualquier producto, garantiza la calidad de los materiales empleados: “aún en el caso de que haya caricias exageradas, el implante no falla”.

Como el tema tiene tantas variantes, la entrevistadora sugiere que se hable de una intervención integral y menciona la denominada *cirugía de la Barbie*. El doctor califica esta especialidad como “el último grito de la moda” y explica su esencia indicando que se trata de remodelar el busto, la cola y el tronco, entendiendo que las piernas están dentro del contexto de la cola. Esto requiere alguna claridad y el invitado agrega: si se tiene busto grande y cola pequeña y gorditos en los senos, se hace la lipoescultura, un modelado que permite que con lo que sobra de unas partes se rellenan otras para alcanzar la armonía deseada. La cirugía dura siete horas y su nombre rinde

tributo a la muñeca Barbie, esa invención que se convirtió en modelo femenino.

Todo esto lleva a ratificar que la historia del cuerpo femenino es la historia de su alienación. Desde la antigüedad aparece relegado a mitologías, supersticiones e imaginarios, convertido luego, en nombre de la moral, en oscuro objeto de pecado: “puerta del infierno, larva del demonio”. Negado al libre ejercicio del placer, se impuso como aceptación pasiva, sin más sentido que el de la sumisión al varón y la reproducción de la especie.

Pero nuevas formas de alienación surgen de lo que algunos han dado en llamar el “mercado del cuerpo”, gracias a cuyo mecanismo la mujer se deslinda de ella misma y aspira en cambio a ser aquello que la publicidad le ordena. Liberada de antiguos temores culturales de dependencia y esclavitud doméstica, el orden social genera en ella el miedo a envejecer, a engordar, a tener arrugas, a no poseer las medidas en centímetros que la moda pregona mediante imágenes deslumbrantes. De ahí el creciente auge de la cirugía estética, eficaz instrumento que le asegura la subordinación a nuevas formas esclavizantes que la separan de su cuerpo real. Lo grave es que el daño causado no se circunscribe solo al orden físico: falsificado el cuerpo, el espíritu será también, inevitablemente, un espíritu hechizo.

La inocencia de Alba Lucía

“Estoy asustada y tengo miedo”. Estas fueron las palabras entrecortadas por la incredulidad y la emoción, dichas por Alba Lucía Rodríguez a las mujeres que la llamaron, felices, el viernes desde Medellín, a la cárcel de Abejorral, cuando se enteraron del veredicto de la Corte Suprema de Justicia que la declara inocente del delito de homicidio agravado, en la persona de su niña recién nacida, delito por el cual fue injustamente condenada a cuarenta y dos años de cárcel, seis de los cuales pagó hasta hoy. Palabras que resumían en aquel instante, mezclado a la alegría de su liberación, ese ramalazo del tiempo vivido encarcelada, desolada e impotente, sabiendo que a pesar de su inocencia, habría de envejecer entre las cuatro paredes de su celda. Debió sentir que el mundo exterior aparecía de pronto como enigma e incertidumbre, un caminar con pasos inseguros, como quien lo intenta después

de un largo tiempo de parálisis. Pudo ser también el dolor de esta herida de seis años, que tiene muchos días y muchas noches, y mucho llanto llorado y mucha oscura soledad.

Pero también mucho amor. Numerosas mujeres que la acompañaron durante todos estos años y que hicieron posible que su caso fuese llevado ante la última instancia jurídica, algunos hombres lúcidos que hicieron pública su opinión sobre el caso, y tantas personas anónimas, solidarias contra la injusticia cometida. De ahí que la noticia de su libertad desató un estallido de felicidad ahogado en lágrimas y abrazos, llamadas, congratulaciones. No había palabras. Sólo ese llanto feliz, desbordado, como si todas las mujeres hubiésemos quedado en libertad, ya que siempre supimos que la cárcel de Alba era nuestra propia cárcel.

En su casa de Pantanonegro, en Abejorral, la noticia produjo un pasmo de incredulidad. Se supo que Leticia, amiga de la familia, llamó por teléfono a doña Alicia quien vive en la misma vereda, para que les avisara. Llena de felicidad, se fue en su yegua a dar la noticia, y cuando Rosa, hermana de Alba, salió a saludarla, no tuvo palabras para contestar el saludo. Vacilando, rebuscando, alcanzó a decir algo así como “les traigo una noticia muy grande”. Y luego, apresurada, sin parar, que

Alba viene en camino, que Leticia llamó, que está libre, que ya le dieron la boleta. La madre, la que ha aprendido a vivir con la desesperanza, corre hasta la escuela, ahí cerca, a buscar a Gladis, la maestra, amiga, confidente, hermana. “Que Alba ya viene”, fue el grito repetido. Y madre y maestra se juntaron en un abrazo que parecía no terminar nunca. Y también esta vez el llanto lo dijo todo, y la clase se interrumpió y los niños salieron detrás de las dos mujeres, y cuando Alba bajó del carro que la traía de la plaza, se le abalanzaron y la cubrieron de besos y de abrazos, atravesados en medio del abrazo de la madre. De toda esta historia, quedan pocas palabras. Son las lágrimas las que se han encargado de hablar.

La red colombiana de mujeres por los derechos sexuales y reproductivos, con el apoyo de otros grupos que integran la Ruta Pacífica de las Mujeres, han vivido día a día, durante seis años, la tragedia de Alba Lucía y han hecho posible este desenlace, gracias a su empeño en la denuncia y en la solidaridad. Gloria y Judith, quienes padecieron íntimamente el gran dolor de Alba y también sus pequeñas y escasas alegrías, se fueron el mismo viernes en bus hasta Abejorral, y a las diez de la noche llegaron a su casa en Pantanonegro, para abrazarla y para decirle, otra vez sin palabras, que las mujeres conscientes estarán siempre a su

lado. La encontraron aturdida, todavía asustada por el golpe de su libertad. Recuerdan que al verla se deshizo en un llanto imparable, y se abrazó a su propio cuerpo como arropándolo, como protegiéndolo del algún peligro. Pero sabe, desde el corazón, que el amor que la rodea restañará sus heridas.

En un país de oscuridades, este fallo de la Corte a favor de Alba Lucía, permite pensar que no todo está perdido y que todavía quedan resquicios en los cuales encuentra eco el clamor por la justicia.

Los sueños de Emilce

Emilce tiene once años y estudia en una escuela pública de Medellín. Es morena, menuda, agraciada, pero ha caído en ciertos ademanes que le quitan mucho de su espontaneidad y que parecen estudiados, premeditados. Hasta el tono de su voz suena forzado y hay algo en sus palabras que resulta postizo y ajeno. Parece moverse y actuar en un plano de artificio que se sobrepone a su ser verdadero. Es una de las quince niñas de su clase que al preguntarles qué querían ser cuando grandes, contestaron que reinas de belleza o modelos. Usa bluyines descaderados, “tops” y zapatos zuecos de taco alto. Parte de su pelo largo, de bonito color castaño, lo echa hacia atrás, y parte lo deja caer sobre el hombro derecho, copia fiel de lo que ve en la pantalla, ese rayo mágico que alimenta sus sueños y sus planes futuros.

La principal diversión de Emilce son las telenovelas y conoce al detalle cada uno de

los argumentos; habla de los personajes por sus nombres y opina acerca de sus venturas o sus desventuras, como si se tratara de asuntos de la vida real. Se interesa en los intérpretes, discute con sus amigas acerca de si son feos o hermosos, buenos o malos, y conoce datos de sus vidas privadas y de los lazos sentimentales que los unen con esta o aquella persona, y lleva la cuenta de noviazgos, separaciones y reencuentros. Le fascinan las divas de la televisión que se encargan de chismes de farándula, y son esos chismes el tema principal de sus conversaciones.

El reinado de belleza es para Emilce la suma de todas sus admiraciones. Quizá no hay en su vida nada que la colme de tal manera y que se ajuste con mayor emoción a lo que ella espera de la vida. En el penúltimo reinado, cuando fue elegida Vanesa Mendoza, se apropió de aquella historia de Cenicienta, guardó fotos en las que la reina aparece con su uniforme de colegiala al lado de su humilde familia, y aquellas otras de su resplandeciente belleza, con sus vestidos suntuosos, su corona y sus regalos.

Emilce tiene miedo de engordar. Aunque su mamá prepara una comida sencilla pero muy bien hecha, la hija rechaza ciertas cosas que considera dañinas para su figura. Una de sus amigas le habló de pastillas que quitan el

apetito y Emilce le preguntó a la patrona de su mamá si eso es verdad. Escandalizada, la señora le hizo un pequeño discurso acerca de los riesgos que correría respecto de su salud, pero ella la miró con cierto aire tolerante, como de quien entiende que esos temores son cosas de la edad. Sabe que jóvenes como ella pero con capacidad económica, se han hecho cambiar la forma de su nariz, el tamaño de sus senos, el contorno de sus ojos, y van al gimnasio para moldear sus cuerpos. Y se ha enterado también de que a algunas les regalan en su casa, de cumpleaños, alguna de esas cirugías de tipo “estético”.

Pensando en algunas de aquellas que han realizado su “sueño”, viene al caso el grupo de participantes en el último reinado de belleza en Cartagena, y que confesaron que el evento les abre muchas puertas, lo que significa por supuesto, oportunidades como modelos o en la televisión. La periodista Natalia Díaz, de *El Tiempo*, comentaba por aquellos días que el reinado es un verdadero “vitrinazo” para conseguir contratos de modelaje o para ingresar a los medios de comunicación, y agregaba que es tal el poder de este deseo, que por ejemplo la señorita Cundinamarca está terminando su carrera de ingeniería industrial, pero sueña con volver a la pasarela donde estuvo por poco tiempo. Le gustaría también “algo en tele-

visión”. La señorita Sucre quiere ser abogada pero seguir con el modelaje. La señorita Valle dice: “me veo de presentadora en un canal de televisión”.

No es de extrañar que niñas como Emilce construyan sus sueños a partir de lo que se ha convertido en una gigantesca avalancha: imágenes o fragmentos de cuerpos de mujeres “triunfadoras”, aparecen en anuncios comerciales, en carátulas de centenares de revistas, en las pantallas de televisión, en afiches, almanaques, cuadernos escolares, buses y lugares de esparcimiento y en todo aquello donde se dé un mensaje publicitario. La mujer convertida en logo y rótulo de una sociedad trivial que parece cobrarle, de esta manera, la audacia de querer instalarse en el mundo como persona.

Feminismo y razón

El pasado 21 de febrero apareció publicada en *El Colombiano* una columna firmada por Pascual Gaviria, cuyo título, *Mentiras feministas*, concuerda con el primer párrafo escrito en el mismo tono despectivo, y que se refiere “a uno de los gritos recurrentes de las mujeres feministas que se duelen de que su cuerpo haya sido convertido en simple objeto”. No sorprende, por lo tanto, que en lugar de un análisis serio —aún si se asume como posición contraria— este artículo, así planteado, resulte ser una sarta de alusiones despectivas, chistes mediocres y lenguaje ordinario que recuerda antañonas actitudes machistas, herencia de antepasados cuya mirada a la mujer ha sido de menosprecio y superficialidad, pero que por fortuna se han ido quedando a un lado del camino, arrinconados por los cambios culturales que el feminismo ha desatado y que representan una auténtica revolución y una esperanza de igualdad. Re-

sulta preocupante que haya que explicarle a un columnista de prensa que el feminismo no es un asunto de gritos sino un movimiento histórico que agrupa a mujeres lúcidas de todo el mundo y que estudia y cuestiona el papel de la mujer en la sociedad. Su pensamiento es de avanzada y sus planteamientos propugnan por una sociedad moderna, sin prejuicios. En cambio, expresiones como “mujeronas feministas”, “indignadas señoras”, “quejosas damas”, “sexo débil”, “señoritingas”, “diosas langarutas”, incluidas en el artículo mencionado, parecen sacadas del viejo baúl de los bisabuelos y exhalan un inconfundible olor a naftalina.

No es el tema del cuerpo femenino utilizado como objeto publicitario, un mero asunto local que puede ser despachado con dos o tres alusiones desobligantes. La condición de la mujer en la sociedad desde la antigüedad hasta nuestros días, ha sido tratada desde la historia, la filosofía, la cátedra, la novela, la opinión periodística, y discutida en recintos universitarios y en encuentros intelectuales. De ahí que resulta por lo menos ingenuo asumirla, en cualquiera de sus aspectos, con la intención de ridiculizarla y minimizarla, sin la base de un conocimiento previo, y cubierta por el manto de la superficialidad. Es bueno tener en cuenta, además, que no son estas simples cosas de mujeres, sino que al afectar

a más de la mitad de la población mundial, forman parte de desequilibrios sociales y políticos que la humanidad tendrá que resolver un día para lograr una convivencia armónica.

Hilvanando las ideas del columnista, un tanto confusas, digamos que en resumen, a él le parecen “gritos recurrentes” lo que en realidad son objeciones, análisis y protestas, no solo aquí sino en todo el mundo, que cuestionan un fenómeno con profundas raíces culturales. Pero la mirada superficial de Gavina se queda en el simple enunciado entre chistoso e irónico, de la circulación de catálogos para “compradores lujuriosos” y a la profusión de imágenes en objetos y lugares públicos, lo que le merece la única consideración de que tal exhibicionismo obedece simplemente a “un complot del sexo débil” para hipnotizar a los hombres y al mismo tiempo acusarlos de confundir a las mujeres con mercancía. Y remata con la siguiente conclusión: “Venden su producto y luego se quejan de su compra”. Lamentable diagnóstico de un problema social que tiene múltiples implicaciones, en boca de alguien que goza del privilegio de escribir en un periódico y de estudiar en una universidad. Llega uno a pensar que este menosprecio no es sólo producto de la ignorancia sino que esconde además un ingrediente de miedo, un miedo a que por fuera de catálogos, afiches y vallas

publicitarias, las mujeres les resulten a los hombres competidoras en el orden intelectual y profesional, o cuestionadoras de su banalidad. Algo así como que es mejor mantenerlas inofensivas, “bien puestas y mal sentadas” como dice el mismo Gaviria, que actuando por su cuenta y preguntándose acerca de su verdadero papel de personas independientes. Desde esa perspectiva, no es extraño el vaticinio que el columnista se permite al final del artículo y que es nada menos el de que al perder las mujeres lo que él considera su papel protagónico (el de los catálogos y los anuncios) llegará también, debido al cansancio de los hombres, “el día en que no tendrán el poder de embobar a sus supuestos verdugos”. Como quien dice, el Juicio Final. Las mujeres borradas de la faz de la tierra porque se les acabó su oficio.

Todas estas son razones de más para afirmarnos en la necesidad de aclarar fenómenos y situaciones nada triviales, sino que obedecen a secretas corrientes sociales e históricas que deben ser identificadas e interpretadas, para dilucidar así aquellas tendencias que desembocan en una arbitraria asignación de roles culturales a uno u otro género, y que constituyen aparatos ideológicos que crean desigualdades y frenan un desarrollo armónico de las relaciones humanas.

Claro que es más fácil escribir a la ligera y acudir a lugares comunes que pasan de generación en generación. Pero es ahí donde hay que asumir la obligación de romper esa cadena y pensar el mundo desde la razón.

Lo doméstico femenino

Uno de los cuestionamientos fundamentales asumidos por el feminismo desde sus orígenes, es el de que el manejo de la casa recaiga exclusivamente sobre la mujer como algo dado, algo ineludible. Comprendió ese movimiento, que mientras lo doméstico no fuese cuestionado, no sería posible para las mujeres acceder a otros espacios de liberación. Puede hablarse en el caso de las mujeres, de un reparto cultural que mediante sutiles e intrincados mecanismos, le asignó papeles específicos a uno u otro sexo, y las confinó dentro del estrecho marco de lo privado como espacio único, ese que Georges Duby llama “la sombra de lo doméstico que no merece tenerse en cuenta ni contarse”. Más de la mitad de la población humana inmovilizada durante siglos, con el resultado de un aislamiento que determinó para las mujeres un irreparable retardo en el acceso a expresiones artísticas,

literarias, filosóficas, científicas, acceso que de no haberles sido negado, las hubiese incorporado de modo natural a la corriente colectiva, enriqueciéndola; porque ese estancamiento histórico de la mujer significó también un estancamiento del mundo que prescindía de su concurso, relegándola al estrecho recinto de su hogar, contra cuyas paredes se estrellaban su energía, su talento, su inteligencia, sus sueños, sus deseos, sus ansias más secretas. No se les permitía ser otra cosa que hijas, hermanas, esposas o madres, mientras afuera los hombres construían, estudiaban, inventaban, escribían, negociaban, hacían la guerra y las leyes, manejaban lo político y lo religioso, el arte y la cultura. Accedían al mundo. Eran la historia. “Tú como la paloma para el nido y yo como el león para el combate”, decía, convencido, el viejo poeta.

Hablamos aquí del pasado, pero lo cierto es que hoy persisten muchos de esos esquemas de asignación a la mujer de las obligaciones domésticas. Y resulta dramático que precisamente, cuando muchas de ellas acceden al trabajo en la calle, espacio conquistado después de largas luchas que empezaron por el derecho al estudio, negado también hasta hace mucho tiempo, tropiecen con la circunstancia de que deben agregar, a la jornada de ese oficio o profesión, la otra de las tareas do-

mésticas. Son innumerables las mujeres que al llegar a su casa después del trabajo diario, tienen que encargarse del lavado y planchado de ropas, preparación de alimentos, cuidado de los niños, aseo general. Muchas de ellas se acuestan rendidas, muy tarde en la noche, agobiadas por la doble jornada, fuente de tensiones y enfermedades nerviosas.

El feminismo propone que el trabajo doméstico ha de ser una obligación de todos los miembros de la familia, tanto hombres como mujeres, cuyo desempeño no ha de considerarse una dádiva o una gentil "colaboración" ocasional, sino como la contribución de cada uno a la marcha de la empresa familiar a la que pertenecen. Es esa la única fórmula que sacaría al oficio doméstico de su condición de cadena perpetua para la mujer. En algunas parejas jóvenes ya se advierte un cierto aire nuevo en este sentido, pero es indudable que son muchos los prejuicios de orden machista, comunes tanto entre hombres como entre mujeres, que es necesario enfrentar para salir de ese marco cultural ya establecido.

Estas aproximaciones al tema de lo doméstico, surgen a propósito de una reciente alocución papal mediante la cual se sugiere retribuirle a la mujer, en dinero, su trabajo hogareño, lo que significa ni más ni menos, ratificar su condición de única encargada de

dicho trabajo que, retribuido mediante un salario, le agrega, a la injusta condición inicial, la de empleada remunerada al servicio de su propia familia, rebajándola en lugar de enaltecerla y confirmando el hecho de que siendo ineludible su destino, se le reconoce, al menos, una suma de dinero. Es decir, como le pagamos, ya no tiene derecho a protestar. Hundirla más todavía en su cárcel doméstica. No ha de ser liberadora ni esperanzadora la escena del marido que entrega a su esposa, a fin de mes, el valor de su trabajo como empleada doméstica de su propia familia. Más bien produciría una cierta vergüenza. Y marcaría un retroceso en la lucha contra las cerrazones y las discriminaciones.

